

LA PRECIPITACIÓN JUSTIFICADA

El medio ambiente teatral mexicano es ingrato y hasta cruel. Un actor o una actriz pasan años de estudio, de constante trabajo, de anhelos de superación, y casi nunca consiguen nada positivo. Un día un empresario les ofrece un buen papel en una comedia, y lo hacen lo mejor que pueden, y reciben aplausos y comentarios favorables, y todo esto, que en Estados Unidos o en Europa significa la consagración definitiva, en México no significa absolutamente nada, puesto que una vez terminada la temporada, ni los empresarios, ni el público, ni los demás actores, vuelven a acordarse de aquel actor o de aquella actriz. Por ello es que entre los miembros del medio artístico se usa con frecuencia la frase "aquí no pasa nada". Tal es el caso de María Teresa Rivas, una excelente primera actriz que ha pasado muchos años interpretando buenos papeles en diversas obras, pero sin alcanzar jamás la consagración absoluta y definitiva, y sin ver jamás su nombre encabezando un elenco. Es justificable, entonces, su precipitación al aceptar ir como único nombre antes del título en la pieza de Ibsen, *Hedda Gabler*, que se presenta en el Teatro Orientación bajo los auspicios de la Subsecretaría de Asuntos Culturales de la Secretaría de Educación Pública. Una obra tan hermosa es el sueño dorado de la mayor parte de las actrices, y si a ello se agrega el participar como único nombre conocido del público y verlo en enormes letras por encima del título, es la realización plena de ese sueño. Por ello justifico a María Teresa Rivas, aunque mi deber sea el de decir que fue un buen intento fallido, porque la estimable y estimada actriz no tomó en cuenta algo fundamental: la dirección.

Doña Mariluz Salinas Surio (¿se habrá acostumbrado ya a pronunciar su propio nombre?) es una dama regiomontana animada de muy buenas intenciones respecto del teatro, y logró hace años una aceptable puesta en escena de *Las moscas*, de Sartre, a nivel de teatro de aficionados o para lograr un premio en un festival de Bellas Artes. Esto la hizo creerse consagrada como directora, y montó, ya a nivel profesional, una inolvidable (por ridícula) ver-

sión shakespeariana, intitulada *Nueve para Hamlet*, en donde el espectador atónito veía un Hamlet rojo y otro negro hablando como los sobrinos del Pato Donald. Sobra decir que la mencionada “versión” era de la propia directora. Creí que aquel fracaso habría hecho meditar a la señora Salinas en que aún no estaba lo suficientemente preparada para lanzarse al teatro profesional y que continuaría en su provincia experimentando con jóvenes estudiantes.

Desgraciadamente no ha sucedido así, y doña Mariluz vuelve a irse de bruces, ahora contra el indefenso, pero muy respetable don Henrik Ibsen. Es de agradecerle, sin embargo, que no haya realizado una “versión” y que respetara fielmente el texto, aunque no respetara la esencia misma de los personajes ni se adentrara al menos un poco en profundizar el por qué y para qué dibujó Ibsen esos personajes que son quizá los mejores de su producción. Doña Mariluz creyó que *Hedda Gabler* era una pieza de anécdotas, de circunstancias; un melodrama en el que aparece una mujer muy mala, muy mala, y un marido muy bueno, muy bueno. Y ya. A dirigir se ha dicho, es decir, a mover sin cesar a los actores por el escenario, porque esta directora tiene un miedo cerval por la quietud, por las pausas, por la plástica escénica, y piensa que los actores deben estar recorriendo el escenario sin cesar, persiguiéndose unos a otros, como en el juego infantil de la “roña”. No hay en el mayor número de esos movimientos, una justificación para efectuarlos: los actores se sientan en una silla tres o cuatro segundos para levantarse luego e ir a sentarse a otra de la que se levantan inmediatamente para caminar a toda prisa e ir a situarse detrás de una mesa, de la que se apartaran como si estuviera contaminada, y vuelven a sentarse en la primera silla. Deben terminar agotados. Y como es el escenario del Orientación tan pequeño, doña Mariluz necesita más lugares donde situar a sus actores, y no tuvo empacho en hacer un “auto de fe” inquisitorial con ellos, quemándolos a cada instante al obligarlos a recargarse en la estufa. En la casa de Hedda Gabler han de haber consumido el picrato de butesín por toneladas, pues cada vez que ponían la mano en el fogón para recargarse pensativamente, tendrían que ir al botiquín a curarse.

Esto en tanto a movimiento escénico, que en cuanto a profun-

dizar en los caracteres, doña Mariluz no sabe aún lo que eso significa. ¿Dónde está la Hedda Gabler representativa de una decadencia? ¿Dónde y en qué momento hace sentir al espectador su amargura y sus frustraciones? ¿Acaso se comprende por qué echa al fuego de la estufa (lo que indica que estaba encendida) el manuscrito de Lovborg? Con él Hedda destruye su propio ser, su pasado, su familia, su frustración al no tener un hijo, al no tener posición social, al sentirse mediocre al estar casada con otro mediocre. Es la venganza del impotente. Y en la puesta en escena del Orientación lo único que se proyecta al espectador es una venganza pasional superficial, tonta, baladí. ¿Dónde está la terrible mediocridad de Tesman, uno de los personajes mejor planeados por Ibsen? El actor que lo interpreta, y la interpretación que le dio la directora, es tan sólo la del pobre diablo, y esto no es Tesman, pues en cuanto tiene algo por qué vivir, al dedicarse a reescribir el libro destruido de su amigo admirado y envidiado, se transforma, o debe transformarse con una buena dirección y comprensión del personaje. Y el Lovborg, el idealista, el intelectual, el filósofo, el incomprendido cuyo manuscrito al ser perdido e incendiado simboliza el triunfo de la reacción contra la evolución, queda convertido en esta puesta en escena en un bohemio de Puccini, en un señorito de la *belle époque*, en un histórico, en un señor ridículo que actúa como los actores del siglo XIX en pleno melodrama. Y, por fin, cuando el juez Brack comete el chantaje que orilla a Hedda al suicidio, doña Mariluz traiciona una vez más al autor al oscurecer la escena y dirigir un *spot* blanco sobre Brack y Hedda, como un interrogatorio policíaco de película de detectives, en lugar de hacer más intensa la escena, como la pide Ibsen, de hablar por lo bajo porque están cerca Tesman y Thea, dejando la posibilidad de que puedan estarse enterando de lo que se habla.

María Teresa Rivas, cuya actuación en *El ensueño*, por no citar sino la más importante de las realizadas en su carrera, es de las que no se olvidan nunca, en *Hedda Gabler* se ve vacilante, insegura, sin comprender al personaje y sin proyectar, por tanto, su profundidad. Culpa de la dirección, evidentemente, como el que Luis Miranda se sobreactúe hasta el ridículo, el que Rogelio Quiroga trate de imitar en movimientos, gestos y entonaciones

a Carlos Ancira, sin lograrlo, y en quedarse en un Tesmann tonto y superficial. Rolando de Castro bastante gris en un papel que es el “hueso” de la obra, y muy bien Minerva Mena Peña en su Thea. Otro error de dirección es el de no buscar un Lovborg de edad adecuada si la Hedda no tiene los 29 años que pide Ibsen. La escenografía de Julio Prieto, fallida en cuanto a ambientación: hay unos cuadros inapropiados para la época en que se desarrolla la acción, y, por fin, una acertada traducción de don Antonio Castro Leal, de quien me resisto a creer que haya escrito “influenciado” por “influido”, y prefiero pensar que fue un error del actor que lo dijo.

María Teresa Rivas no debe entristecerse por esta justificable precipitación al aceptar la dirección de una señora que no hizo el menor esfuerzo por profundizar en el maravilloso mundo ibseniano. Este error en su carrera no significa algo grave, puesto que ya queda dicho, y es de ella bien sabido, que “aquí no pasa nada”, y pronto se olvidará esta Hedda para recordar tan sólo lo bueno, como aquella *Por Lucrecia*, o *El rey se muere*, o *El ensueño*. Dentro de algunos años puede volver a intentar la interpretación de este hermoso personaje, con un buen director, puesto que *Hedda Gabler* no se ha representado aún en México como debe ser. Esto que hemos visto es sólo un melodramón propio para señoras que van a hacer la digestión al teatro.

30 de noviembre de 1969

TANTO ESCÁNDALO . . .

. . . ¿Y SÓLO PARA ESO?

Sr. Censor D. Víctor Moya
Oficina de Espectáculos
México, D. F.

Señor:

Debo confesarle ante todo que yo fui, como usted ahora, “supervisor” (léase censor aunque la palabrita no sea del agrado de cier-